"Estábame reservado recibir un postrer consuelo.

"Os acordareis de que tenia yo un vehemente deseo de ver al santo Padre, deseo, ò mas bien curiosidad que me habia hecho detenerme en Roma; pero estaba léjos de imaginar en qué circunstancias se efectuaria. Como niño recien nacido para la Iglesia presentóseme al Padre de la universalidad de los fieles. Parecióme que, desde mi bautismo, experimentaba para con el sumo pontífice los sentimientos de respeto y amor de un hijo; consideréme, pues, muy venturoso cuando se me anunció que me daria audiencia á la cual seria conducido por el R. P. general de los jesuitas; mas no obstante tan plausible nueva, temblaba yo porque nunca habia comparecido ante los grandes de la tierra, y estos grandes me parecian entonces muy pequeños comparados con aquella verdadera grandeza. Confieso que todas las majestades del mundo me parecian estar concentrados en aquel que posee el poder de Dios en la tierra, en el Pontífice que, por una sucesion no interrumpida, tomò su orígen en San Pedro y el sumo sacerdote Aaron, y que ha sucedidò al mismo Jesucristo cuya cátedra eterna ocupa.

"Jamás olvidaré el temor y los latidos de corazon que me sobrecogieron al entrar en el Vaticano, al atravesar por tantos vastos patios, por tantos imponentes salones que conducen al santuario del sumo Pontífice. Pero toda la inquietud que sentia disipóse y dió lugar á la sor-



presa y al asombro, cuando le ví á él mismo tan sencillo, humilde y paternal. No era aquel varon un monarca, sino un padre que con una extrema bondad me trataba como á un amadísimo hijo.

—"¡ Dios mio! ¿sucedera lo mismo el dia final, cuando deba comparecer ante vos para dar cuenta de todas las gracias recibidas? Tiembla uno á la idea de las grandezas de Dios y téme su Justicia; pero en vista de su misericordia renacerá sin duda la confianza y con ella un amor y un agradecimiento sin límites.

"¡Agradecimiento, tú serás mi ley y mi vida en lo sucesivo! No puedo expresar este sentimiento con palabras, pero procuraré manifestarlo con mis obras.....

"Las cartas que he recibido de mi familia me ponen en una libertad completa; esta libertad se la consagro á Dios y se la ofrezco desde ahora con mi existencia toda para servir à la Iglesia y á mis hermanos bajo el amparo de María."

—

## M. COLLIN DE PLANEY.

M. COLLIN DE PLANEY nació cerca de Arcis sobre Auba el 28 de enero de 1796. Hizo en Troyes escelentes estudios. Después de ha

ber vacilado por espacio de algun tiempo acerca de la carrera que adoptaria, decidióse por las de las letras.

Trasladóse á Paris en 1814, y desde entónces extraviado por la filosofía, publicó sucesivamente muchas obras audazmente impías.

M. Collin de Planey manifestó en muchos pasajes de sus escritos una sensatez y una equidad que formaban notable contraste con las tristes doctinas que profesaba y con el tono que en sus demas obras tomaba. Sirvióse Dios de los trabajos para convertirle, y tenemos hoy el consuelo de publicar la retractacion, tan digna como interesante, de este literato, fecha en Kulenburgo de holanda el 9 de agosto de 1841.

"Aquellos de entre mis amigos, dice, que leyeren estas lineas, no dejarán de sorprenderse si conservan aun en la memoria las obras que he publicado especialmente en los años de 1818 á 1830. Me han visto caminar con violencia tanta por la senda de la filosofía anticatólica, que no debian proveer que variase tan completamente de ideas. En aquellos dias de vértigo yo mismo no lo preveia; necesario ha sido para detenerme, fuertes y multiplicadas lecciones, y estas lecciones, gracias á Dios, no han sido infructuosas. En 1833 púseme á hacer sérias investigaciones á fin de dar con la verdad, y como estaba entregado á mi mismo durante esta tarea, fueron dilatadas mis pesquisas. Necesité de ocho años de penosas irresoluciones y de interioras luchas para volver á las convicciones que habia sofocado en mí el espíritu del mundo.



"En fin, Dios, cuya bondad no conoce límites, hizo desaparecer de mis ojos la densa niebla de que estaban todavía cubiertos. Mostróme, dirigiendo su voz á mi corazon y á mi entendimiento, que los sistemas y raciocinios de esa filosofía embustera á la cual habia yo prodigado, por espacio de tanto tiempo, mis homenajes, no son mas que errores, engaños, falsedad grosera, y mala fé; que esos sistemas no se sostienen sino por soberbia, por interés del vicio y de la corrupcion; que la humana sabiduría no es mas que viento si no se apoya en la revelacion sin la cual ningun filosofo pudo jamás explicar al hombre, y que la verdad, única y esclusivamente reside en la religion católica que es donde se la encuentra completa, sólida é inalterable. Cuando me sentí robustecido por medio de estas convicciones, que se enseñorearon de mí sin haber consultado á nadie, habiendo regresado á la senda del catolicismo en virtud de la simple investigacion recta y sincera de la verdad, y particularmente por una gracia inmensa de la bondad divina, volvíme completamente á Dios lleno de felicidad al hechar de ver que su celestial mansedumbre no se habia cansado de mi soberbia; con suma vergüenza, y destrozado por mis remordimientos, ingresé á la Iglesia que me recibió como el buen padre de familia recibe al hijo pródigo, colmándome de satisfaccion y de contento.

"Juzgo de mi deber anunciar publicamente esta noticia, tan feliz para mí, á todos los que durante tantos años me vieron incrédulo, impío, viviendo olvidado de Dios, estraviado yo mismo al paso que estraviaba á mis prójimos. Esta revolucion que se ha operado en mì, debo sobre todo anunciarla á los que han leido los criminales libros que he escrito.

Condeno, pues, y pisoteo cuanto he escrito contra la fé y las buenas costumbres, y lloro amargamente las funestas lecciones que se hayan podido tomar en aquellos libros malditos. Pido perdon á Dios de los desórdenes de que hayan sido orígen, y de los que puedan ocasionar todavía, y le suplico que mueva las conciencias que he emponzoñado, así como se ha servido mover la mia. Ruego á los que tengan algunos de mis depravados escritos que léjos de sí los desechen, que me perdonen el daño que haya podido hacerles, que esten convencidos de que si vuelven á leer esas obras, que hoy maldigo, se preparan los remordimientos que desde hace mucho tiempo me aflijen. Repito ante Dios y (ante los hombres) ante vosotros lo que esto leyereis, qne, como aquel príncipe sicambriano á quien hizo doblar el cuello San Remigío, adore lo que habia quemado y quemado lo que habia adorado. Declaro que me someto en todo y sin reserva á la santa Iglesia católica y á la santa sede, que apruebo todo lo que aprueba y condeno todo lo que condena, y que detesto todo cuanto he dicho, hecho, escrito y publicado digno de vituperio, sea que lo haya reprobado ya el Sumo Pontífice, sea que no lo haya hecho todavía.



"Y pido á Dios de todo corazon la gracia de vivir y morir como buen cristiano, en la fe de la Santa Iglesia católica, apostólica y romana, y me propongo, con el divino ausilio, emplear en lo futuro todos mis esfuerzos en reparar, cuanto me sea posible, en mis nuevos escritos, el perjuicio que he ocasionado durante los dilatados años de mis insensatos estravíos."

M. Collin de Planey acaba de dar á luz (1844) una nueva edicion de su *Diccionario infernal*, aprobado por el Ilustrísimo señor arzobispo de Paris. "La supersticion, dice en el prefacio de esta tercera edicion, que consiste en prácticas y creencias no contenidas en las reglas prescritas por la Iglesia, comprende tambien á las herejías, á los cismas y à los escesos de todo género. . . .

"El autor de este libro, en las dos primeras ediciones que de él hizo, cayó él mismo, de una manera lamentable, en los descarríos que aquì condena. Arrastrado fuera del seno de la Iglesia, centro único de la verdad, estravióse en los senderos de una filosofía mentirosa, y sembró en sus escritos errores que detesta y que desconoce. Vuelto al seno de la Iglesia romana en virtud de una gracia de la bondad divina de que ciertamente no era digno, se ha encontrado en la posibilidad, desde entónces, de reconocer que la Iglesia es la única que tenga los compe-

tentes medios de combatir con eficacia, como los ha combatido siempre, los descarríos de la supersticion y los absurdos desenfrenos de la mente.

"Una circunstancia no se ha echado de ver bastantemente en medio de los interesados clamores de los filósofos, y es la de que los únicos hombres que viven escentos de supersticion son los fieles hijos de la Iglesia; y esto consiste en que ellos son los únicos que poseen la verdadera luz. Los que dudan, por el contrario, parecen todos justificar aquella memorable espresion que dice qne los que se separan de Dios tienen el ànimo descaminado; porque los mas incrédulos de entre ellos son los mas supersticiosos.....

"En asuntos que una astucia satánica ha asociado á la religion con frecuencia tanta, presentàranse de vez en cuando al escritor pérfidos encuentros y pasos delicados. ¡Ojalá el espíritu de sabiduría le conduzca! Si en ciertos artículos se engaña, declara de antemano que, como hijo sumiso de la santa Iglesia, y sumiso á ella sin restriccion y sin reserva, desconoce, detesta y condena cuanto la Iglesia pudiera desconocer en su libro."

Hé aquí como termina este escritor su obra:

"En ese dédalo de errores é ilusiones cuyo cuadro hemos delineado, no se pierda de vista este grande hecho—que cuanto sea falso y mostruoso ha sido fruto de los estravíos del entendimiento humano, y que estos estravíos no



han podido ser producidos sino por las ilusiones de una falsa filosofía que ha continuado esparciendo sus errores bajo diferentes disfraces. Pero existe una luz que resplandece en medio de todas las tinieblas por mas que muchos cierren los ojos por no verla: *Lux in tenebris lucet, et tenebræ cam non comprehenderunt.* Esta verdadera luz tan solo en la Iglesia católica se encuentra, porque solo ella es el centro de la verdad y de la libertad,—¡en la que se sirva Dios conservarnos!"

---

## DORY.

"Una mañana (1) del mes de febrero de 1830, que hacia mucho frio, abrí la celosía de mi aposento y púseme á contemplar la perspectiva que se presentaba á mis ojos; era bastante hermosa, aunque es verdad que vivia yo en el cuarto piso. Percibia desde allí el Luvre y las Tullerías, las flechas y las cúpulos de los monumentos públicos; y mas allá los molinos de Montmartre. La nieve habia estendido por todas partes su blanco manto. Consideraba yo

(1) Extracto de una obra intitulada: *Conversion al cristianismo de un sansimoniano, por Alfonso Dory.*